

Fundamentos para una teoría crítica de la cooperación internacional: el aporte de Samir Amin

Rafael Domínguez

1. Introducción

EL PRESENTE ENSAYO rescata el aporte analítico de Samir Amin (1931-2018) sobre el régimen internacional de la ayuda al “desarrollo”, con el propósito de construir los fundamentos de una teoría crítica de la cooperación internacional. Amin, uno de los grandes teóricos marxistas de la dependencia y miembro de la “Banda de los Cuatro” del sistema mundo (con Immanuel Wallerstein, André Gunder Frank y Giovanni Arrighi), acumuló en su vasta producción académica un acervo de pensamiento crítico que se puede sistematizar en tres líneas: 1) la crítica del objetivo de la ayuda (la concepción del desarrollo dependiente, maldesarrollo o lumpendesarrollo); 2) la crítica del instrumento (la ayuda como pilar de la política de cooperación internacional, que hace parte del imperialismo económico y epistemológico de los países del centro y su ideología eurocéntrica), así como de sus agendas y actores (organismos multilaterales y ONG); y 3) el proyecto de desconexión de este régimen, basado en la genuina cooperación Sur-Sur (CSS) de la periferia para un desarrollo autocentrado alternativo, con una propuesta de regionalización a partir de integraciones políticas y económicas, como paso previo a una globalización negociada que permitiera la reforma del sistema multilateral de Naciones Unidas, a fin de acercarlo a la idea fundacional de cooperación internacional de la Carta de San Francisco.

El marco teórico de la ponencia integra la economía política internacional crítica (Tussie, 2015) con énfasis en la teoría del sistema mundial (Hopkins y Wallerstein, 1982; Chase-Dunn, 2012) y

su referencia madre: el método histórico estructural (Sunkel y Paz, 1970). Como metodología de análisis se combina la reconstrucción histórica y la reconstrucción racional de la historia del pensamiento económico (Bianchi, 2018), lo cual permite entender la lógica de los aportes de la microhistoria de los condicionamientos intelectuales y materiales en los que fueron producidas las principales contribuciones. Esto último es un aspecto especialmente pertinente cuando se estudia la cooperación internacional, ya que —y esta es la hipótesis subyacente del ensayo— cualquiera que se relacione con este régimen internacional, su política y actores, aunque sea con un enfoque crítico, queda aprisionado en un marco institucional que resulta inescapable. Por lo mismo es necesario reforzar la vigilancia epistemológica sobre las interpretaciones de primer orden (*emic*), las del punto de vista de las personas que son estudiadas (las de Amin en este caso), y las de segundo orden (*etic*), las del punto de vista del propio investigador que las analiza (Fetterman, 2009).

De ambas interpretaciones de primer y segundo orden se saca la conclusión de que Amin —dentro de sus limitaciones como operador interno y externo de la cooperación internacional— realizó la crítica de esta política y de su régimen internacional con una notable independencia y éxito intelectual, pero a costa de quedar marginado académicamente en los bordes del sistema establecido. Razón por demás para reivindicar su originalidad teórica y su magisterio metodológico, moral y político. La estructura de este ensayo es la siguiente. En la primera parte se examinan las opiniones de Amin sobre el régimen internacional de la ayuda, la política de cooperación internacional, sus instrumentos, agendas y actores. En la segunda parte se repasan las propuestas del autor sobre la genuina CSS como parte de su concepto de desconexión por medio de integraciones regionales, así como las ideas para una reconstrucción del sistema multilateral de Naciones Unidas. El trabajo cierra con las conclusiones y lecciones para fundamentar una teoría crítica de la cooperación internacional.

2. Cooperación internacional ¿para el desarrollo?

2.1. Ayuda para el subdesarrollo: ayuda reversa y agendas de dependencia

Amin fue un crítico del régimen internacional de la ayuda, primero desde dentro: como director, entre 1970 y 1980, del Instituto Africano de Desarrollo Económico y Planificación (IDEP, por sus siglas en inglés) de la Comisión para África de Naciones Unidas y luego desde el Foro del Tercer Mundo, fundado en 1975 con aportes de la cooperación oficial de Suecia e Italia, cuyo objetivo era contrarrestar la influencia intelectual de la Society for International Development teledirigida por el Banco Mundial. Pero cuando, a partir de 1996, perdió las subvenciones de la cooperación sueca —la más importante para el *core funding* del FTM—, Amin empezó a operar como crítico del régimen desde fuera a través del Foro Mundial de Alternativas creado un año después en el Cairo, y, a partir de 2001, como intelectual orgánico del Foro Social Mundial, lo que le llevó a un acercamiento progresivo a los Brics (al Partido de los Trabajadores de Brasil, como financiador del foro alternativo) y especialmente a China, con la Academia de Ciencias Sociales como operadora clave de la World Association for Political Economy y de la Global University of Sustainability, la última iniciativa que Amin contribuyó a organizar (Domínguez, 2019a). Durante ambas fases, Amin mantuvo una notable fidelidad a la idea original de gobernanza multipolar y al concepto de cooperación internacional de Naciones Unidas, un sistema que calificó de “desarrollo histórico positivo” hasta el punto de afirmar que “si no existiera habría que inventarlo” (Amin 2006a, pp. 213-214).

En febrero de 1970, Amin asistió al encuentro organizado por la Cátedra Albert Schweitzer de Desarrollo Económico Internacional, dirigida por Barbara Ward —con el patrocinio de la Fundación Rockefeller— en la Universidad de Columbia. Ward, una asesora del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) y consejera de gobiernos laboristas, liberales y demócratas (de Reino Unido, Canadá y Estados Unidos), había propuesto en 1967, junto con el presidente del Banco Mundial, George Woods, la creación de la Comisión *Partners in Development* bajo la dirección del premio Nobel de la Paz de 1957,

el exprimer ministro de Canadá Lester B. Pearson, mediador en el conflicto del Canal de Suez y del que Ward había sido consejera. Para esta Conferencia Internacional de Desarrollo Económico, cuyo lema fue *The Widening Wap: Development in the 1970's*, Ward encargó a Dudley Seers, director del Institute of Development Studies (IDS) de la Universidad de Sussex —pilar académico fundamental del régimen internacional de la ayuda (Jolly, 2008)— reclutar “a la siguiente generación, los jóvenes radicales, no la gente establecida” del sistema de cooperación (Satterthwaite, 2006, p. 52). En realidad, Amin fue uno de los pocos que podría considerarse joven radical, según la reseña de las actas de la conferencia que se publicaron después como monografía. En este volumen Amin representó “la posición estructuralista de ruptura desde el punto de vista africano” con su “crítica al por mayor” del informe Pearson (Ord, 1972, p. 1080).

La Conferencia Internacional de Desarrollo Económico reunió a Arthur Lewis, futuro premio nobel de Economía de 1979, encargado de abrir el evento, además del propio Pearson (que lo clausuró) y de un elenco de figuras entre las que destacaba el execonomista jefe de Usaid Hollis B. Chenery (que después sería economista jefe del Banco Mundial); académicos internacionales de primera fila (de derecha a izquierda) como Harry G. Johnson, Albert O. Hirschman, Paul Streeten y James Mirrlees, futuro premio Nobel de Economía en 1996; funcionarios internacionales como I. G. Patel (más tarde administrador del PNUD), Mahbub ul Haq (asesor del presidente del Banco Mundial y luego responsable del Informe de Desarrollo Humano del PNUD y de su famoso índice), Richard Jolly (del IDS, en el que sucedería a Seers, y futuro director de Unicef) y el presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara, de quien Ward era amiga personal.

En su discurso, en clave preparatoria para la Segunda Década del Desarrollo de Naciones Unidas, y de la mano de su *ghostwriter*, Haq (auténtico *factótum* de la conferencia), McNamara apeló a “la necesidad de tener una visión clara de los objetivos de desarrollo y de un conjunto de opciones viables diseñadas para alcanzar esos objetivos”; estableció que las perspectivas para esa nueva década serían no de división por el “eje Este-Oeste”, sino por el “eje Norte-Sur”; y planteó “ir más allá de la medida de crecimiento del producto total y

proporcionar criterios prácticos de cambio en otras dimensiones económicas, sociales y morales” de cara a formular “una estrategia más integral para la década por venir” (McNamara, 1970, pp. 1-10).¹ Esa estrategia sería formulada más tarde por Seers y Streeten: la agenda de las necesidades básicas dentro de un paradigma de desarrollo que el mismo McNamara (1970, p. 12) bautizó con el término “desarrollo humano”.

La Conferencia finalizó con una Declaración (Columbia University, 1970) redactada, entre otros, por Haq, Gerald Helleiner, Enrique Iglesias y Richard Jolly, que Amin, como varios funcionarios internacionales asistentes más, se abstuvo de firmar debido a su responsabilidad oficial (Ord, 1972). Entre los 140 delegados de mayor peso intelectual que suscribieron el documento estaban Chenery, Gustav Ranis, Robert Triffin o Hans Singer; pero también firmó André Philip, director del Centro de Desarrollo de la OCDE, lo que refuerza la hipótesis del carácter cooptativo del evento dirigido por Ward a pesar del contenido muy avanzado de la Declaración. En ella se constató “el creciente abismo entre los países opulentos y los países pobres del mundo”, debido al deterioro de los términos de intercambio (que excedían los ingresos anuales de la ayuda, cuya distribución, además, estaba distorsionada por intereses políticos de los donantes) y las actuaciones de las corporaciones internacionales.

La asociación propuesta por el informe Pearson era “una simple ilusión” si no se daba prioridad a los cambios en el sistema multilateral “en los campos del comercio, la ayuda y las relaciones entre países ricos y pobres”; había que establecer “criterios objetivos para asegurar la efectividad de la ayuda al desarrollo” y se sugería crear “un fondo especial dedicado específicamente a la consecución de objetivos sociales en los dominios de la educación, la salud, la planeación familiar, las obras rurales y urbanas, la vivienda y otros programas sociales familiares”; finalmente, se debían reducir los aranceles, las otras barreras al comercio y las medidas discriminatorias contra las exportaciones de los países en desarrollo. El texto finalizaba con una apelación a eliminar “la

1 “Por muy importante que sea el incremento del PNB como condición necesaria para el desarrollo, no es una condición suficiente” (McNamara, 1970, pp. 8-9).

dependencia en el mundo moderno” para lograr “un marco que permita una genuina interdependencia y asociación” (Columbia University, 1970). Las bases de la futura agenda de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) tienen, por tanto, unos antecedentes muy anteriores a los de la década de 1990 que tradicionalmente se apuntan en la publicación sobre la cooperación internacional.

Para Amin, que devolvería la invitación a Dudley Seers incorporándolo al consejo académico del IDEP, esta Declaración era claramente insuficiente y, como sucedió con las agendas venideras, constituía un conjunto de buenos deseos que no acababan de romper con el marco interpretativo de la cooperación internacional (el marco del informe Pearson), por mucho que se propusiera ir más allá de sus evidentes limitaciones.

En el texto de reacción al informe, uno de los pocos que se publicó en la revista de la Universidad de Columbia, Amin hizo una crítica devastadora de las limitaciones del régimen de la ayuda. Cuestionó la sustitución del objetivo del desarrollo como cambio estructural por el de reducción de la pobreza, y el abordaje de esta estrategia mediante el crecimiento hacia fuera combinando comercio y más ayuda, esto es, una mayor integración el mercado mundial, cuando la integración era precisamente “el obstáculo real al desarrollo”, como mostraba la experiencia africana, “la periferia del sistema mundial” en su relación histórica con el “centro” (Amin, 1970, pp. 204, 206). Para Amin, la naturaleza de las formaciones sociales periféricas, producto del colonialismo, permitía al centro “apropiarse a través de la ruptura de los términos de intercambio, de las ganancias de productividad realizadas en la agricultura” (Amin, 1970, p. 215).

Por ello, una mayor inserción en la economía mundial de acuerdo con las ventajas comparativas agrícolas o mineras, con el apoyo de la ayuda, solo llevaría a acentuar las diferencias intersectoriales internas de productividad en los países de la periferia y la transferencia de tecnología quedaría confinada en los sectores modernos de la economía para generar al final “desarrollo del subdesarrollo” a través de “la crisis estructural de las finanzas públicas y la balanza de pagos” (Amin, 1970, pp. 216-218). En este punto, los planes de estabilización del

FMI para corregir los desequilibrios por medio de la devaluación y la mayor apertura al exterior (como recomendaba el informe Pearson) representarían “un paso atrás, más que un paso adelante” en el objetivo del “desarrollo autónomo consciente y planificado” como “cambio estructural” (Amin, 1970, pp. 216-217; Amin, 1971, p. 543).²

Dentro de este contexto y marco teórico, Amin analiza la ayuda internacional en su obra cumbre, que publicó inmediatamente después de la Conferencia de Columbia. Para ello distingue tres funciones de la ayuda. Las dos primeras son acordes con el canon de la teoría realista de las relaciones internacionales (Morgenthau, 1962): ayuda para la estabilización y ayuda como soborno, esto es, para generar clientela política y económica internacionales. La tercera enlaza con la teoría estructuralista (Sunkel, 1967; Furtado, 1971) y marxista (Galeano, 1963; Bodenheimer, 1970; dos Santos, 1970) de la dependencia: ayuda para maximizar la renta imperialista de los países del centro a costa de los países de la periferia, que incluye ayuda reversa. Según Amin, estas tres funciones estaban interconectadas: la ayuda “no tiene la función de desarrollar la periferia, sino de mantener en su subdesarrollo a esas regiones” (Amin, 1971, p. 155).

Por eso, “más allá de su significación política”, la ayuda permitía “superar la contradicción entre el flujo de inversiones privadas y el reflujo de ganancias” (Amin 1971, p. 153). Esto significa que la ayuda “tiene por función esencial el mantenimiento del *statu quo* que impone la especialización internacional desigual de la periferia” (*Ib.*). En el caso de África, “para mantener las estructuras políticas, estatales y económicas heredadas de los días del colonialismo” (Amin, 1970, p. 222), que —después del encuentro afro-latinoamericano que el IDEP celebró en Dakar— Amin denominará “estructuras de dependencia” (Amin, 1972a, p. 471) o “formas de dependencia” (Amin, 1972b, p. 506). De ahí que los resultados de la “ayuda” —que Samir

2 Muchos años después, Amin resumiría su concepción del desarrollo en una propuesta de “desarrollo alternativo” a partir de la articulación de las estrategias nacionales e internacionales de “desarrollo autosuficiente”: soberanía alimentaria (desarrollo rural campesino con desagravación gradual), diversificación de la estructura productiva (industrialización), inversión en infraestructuras (económicas y sociales) e integración regional estratégica con sistemas regionales y nacionales de control de cambios (Amin 2009a, pp. 178-181; Amin, 2009b).

entrecomilla al entender que el cálculo del elemento de donación esconde la naturaleza sustancial de la ayuda como crédito concesional (Domínguez, 2018a)— fueran “extremadamente mediocres” (Amin, 1971, p. 154).

En conclusión, la ayuda no sirve para consumir el excedente improductivo captado por el centro a costa de la periferia, “porque induce un reflujo que la supera de lejos, sobre todo si se agrega el reflujo [...] en la transferencia oculta de valor” provocada por el intercambio desigual (Amin, 1971, p. 155).³ Es la ayuda reversa: “los países ‘desarrollados’ no son los que proveen los ‘capitales’ a los países ‘subdesarrollados’, al contrario. Ello explica el ‘bloqueo’ de estos últimos, el ‘desarrollo del subdesarrollo’” (Amin, 1971, p. 155). En todo caso —y ese será el dilema para muchos gobiernos de países en desarrollo desde entonces— la ayuda se volvía “esencial para algunas ramas de la economía” a las que iba dirigida (Amin, 1971, p. 155). Pero, como había señalado en sus críticas al informe Pearson, las recomendaciones para mejorar las condiciones de la ayuda resultaban ilusorias, ya que “la función de tal ayuda es ser complementaria de la inversión en capital extranjero” (Amin, 1970, p. 221). Para desarrollar la periferia, lo que se necesitaba, en cambio, era un “desarrollo autocentrado”, a iniciativa propia y autofinanciado, en “el marco de sistemas socialistas organizados a partir de regiones autosuficientes” y a partir de ahí “crear la necesaria solidaridad” dentro de ese espacio, que era mucho más que los mercados comunes (Amin, 1970, pp. 219, 223). Esta propuesta la concretaría Amin en 1979-1980 a propósito del fracaso del Diálogo Norte-Sur, con un programa completo de CSS y CSS triangular para la desconexión de la periferia, pero contemplando distintas vías al desarrollo además de la vía socialista.

La operación transformista del informe Pearson se repitió, en cuanto a promotores y mensajes, una década después con el informe Brandt, orientado a configurar la agenda de la Tercera Década del Desarrollo de Naciones Unidas, aunque ya en el contexto de la crisis estructural del capitalismo. Junto con su colega Frank (1980), Amin

3 Uno de los factores que Amin aduce para explicar este fenómeno, constatado en el deterioro de los términos de intercambio, es “la competencia devastadora de la ‘ayuda alimentaria’ americana” (Amin, 1970, p. 215).

nuevamente se situó a la vanguardia de las críticas de este nuevo documento, cuyo propósito real era configurar la agenda internacional del desarrollo por parte de los donantes del CAD bajo el disfraz de una comisión plural e independiente. La filosofía (de hecho, ideología) del informe Brandt era el epítome de la retórica de la cooperación internacional: “la interdependencia es sinónimo de los intereses comunes de los socios” y, por tanto, el sistema mundial capitalista debía mantenerse sobre el entendido de que cada sociedad nacional tendría que encontrar “su lugar y situar su desarrollo dentro del desarrollo global del sistema” (Amin, 1980, p. 6). Por el contrario, para Amin la realidad era muy otra: la “dependencia” y el “desarrollo desigual” de los socios, constatable en la crisis del endeudamiento de los países de la periferia, que con las “recetas archireaccionarias y además ineficaces” del FMI, se verían abocados al subdesarrollo,⁴ o la “interdependencia desigual” del informe Brandt (Amin, 1980, pp. 6-7, 17). Todo ello exigía pasar a una estrategia de “desarrollo auto-centrado y popular” e “incentivar y reforzar la autonomía colectiva del Sur” por medio del no alineamiento (Amin, 1980, p. 7).

Tras la clausura unilateral del Diálogo Norte-Sur por el presidente Reagan en la Conferencia Económica Internacional de Cancún (1981), la agenda de keynesianismo global del informe Brandt dio paso a los programas de ajuste estructural, que, en África Subsahariana, fueron detonados por el informe Berg del Banco Mundial. Amin criticó el diagnóstico de este documento, que atribuía el fracaso del desarrollo de la región a las políticas de industrialización por sustitución de importaciones de los gobiernos africanos y ciertos teóricos del desarrollo, cuando lo que era evidente es que la especialización en la agricultura de exportación y la minería que recomendaba el Banco en el informe significaría “renunciar a cualquier intento de construir una economía nacional y regional diversificada” para convertirse en “una mera excrecencia de las multinacionales” (Amin 1982a, p. 24).

4 El objetivo del FMI era “hacer a pagar a los ‘pobres’, las capas populares del Tercer Mundo, para elevar la tasa de ganancia y mantener los niveles de consumo y el derroche en los países desarrollados” (Amin, 1980, p. 17). En tal sentido, el FMI era “responsable de contribuir a la ‘desestabilización’ de los Estados que intentan una experiencia nacional y popular autónoma”, esto es, funcionaba como la agencia “encargada de crear las condiciones inmediatas que luego permiten a los monopolios imponer su estrategia global” (Amin, 1980, p. 17).

Las recetas de “liberalismo desatado” (devaluación, reducción de impuestos y aranceles y recorte del gasto público) solo servirían para deprimir los salarios, deteriorar aún más los términos de intercambio y aumentar los niveles de pobreza (Amin 1982a, pp. 26-27). Y todo ello difícilmente podría ser compensado con un aumento sustancial de la ayuda: de acuerdo con los cálculos más optimistas del Banco Mundial, dicho aumento aseguraría un improbable crecimiento del PIB per cápita del 2,1 % anual durante la década de 1980 (la mitad del conseguido por China entre 1950 y 1980), pero tal crecimiento no se produjo. Por tanto, el modo de afrontar los problemas del desarrollo del África Subsahariana era “incrementar de manera sustancial la remuneración de los campesinos” y para ello la única opción realista sería adoptar un sistema de precios desconectado del mercado mundial (Amin 1982a, p. 28).

Como eso no se hizo, sino que las medidas de ajuste se combinaron con la especialización agrícola y primario exportadora, a fines de la década las recetas del informe Berg llevaron al estancamiento de las economías africanas, tres cuartas partes de las cuales se habían convertido en dependientes de la ayuda (Amin 1989, p. 24). Tras la caída del bloque soviético y el colapso de la URSS, la operación de convertir el desarrollo —como “crecimiento económico acompañado por cambio estructural” (Amin 1970, p. 203)— en reducción de pobreza quedó completada. Además, en ningún momento el Banco Mundial reconoció que la pobreza, “un término que pertenece menos a la ciencia social que a la cháchara decorosa de la gala social”, fuera “el producto de las políticas prescritas por el propio Banco” (Amin 1992, p. 39) y también del “retroceso a las posiciones de la caridad y el humanitarismo” promovidos por la “ayuda al desarrollo” para paliar los efectos empobrecedores de sus condicionalidades (Amin, 2009a, p. 165).

2.2. Actores y nuevas agendas neoliberales transformistas

En la década de 1990, a medida que la cooperación para el desarrollo se transformó en una agenda antipobreza, Amin se orientó hacia la crítica de los enfoques posmodernos de los operadores de la sociedad civil —el sector de las ONG incluido en la industria de la ayuda— que se adaptaron de forma estratégica para aprovechar la diversificación de los objetivos de los donantes a partir de la inclusión

de las nuevas transversalidades (medioambiente y género), que, en realidad, eran puro transformismo: “las agencias de desarrollo han desarrollado habilidades extraordinarias en estos campos para cambiar el lenguaje sin cuestionar los poderes existentes”, sin examinar “los problemas extremadamente complejos que plantea un proyecto de desarrollo liberador”, ni las dificultades teóricas y prácticas de la relación entre las restricciones exteriores y las condiciones nacionales y locales de los programas y proyectos (Amin, 1994a, p. 11). Amin empezó entonces a deconstruir el discurso posmoderno (fragmentario y yuxtapuesto) de la agenda neoliberal que, en nombre de la globalización, trataba de ocultar el desmantelamiento de los Estados desarrollistas tras la bandera de las Naciones Unidas; en nombre de la privatización, fortalecía la efectividad de los monopolios tecnológicos y financieros frente a los Estados; en nombre del medioambiente, otorgaba un “monopolio en el acceso y el derroche de los recursos del mundo” a los países desarrollados; o en nombre de la democracia, manipulada por el monopolio mediático, concedía un “derecho ilimitado de intervención” (Amin, 1994a, pp. 13-14).

Es aquí que Amin desplegó su crítica sistemática a los actores del régimen internacional de la ayuda y su industria: instituciones multilaterales (financieras y no financieras) y ONG. Dentro de las primeras, el FMI y el Banco Mundial eran los encargados de gestionar la crisis del capitalismo contemporáneo de la que se intentó huir hacia adelante con la globalización y la financiarización: sus programas de ajuste estructural solo pretendían imponer “ajustes coyunturales que obedecen a la lógica de corto plazo de la rentabilidad financiera del excedente del capital” (Amin 1997, pp. XXXII-XXXIII). Junto con la OMC, eran instituciones al servicio de lógica de la expansión capitalista del G7 y las multinacionales de los países de la tríada (EE. UU., UE y Japón) en detrimento del medioambiente y las sociedades de la periferia, a las que se les endosaba la agenda de reducción de pobreza con la ideología del efecto *trickle down* del crecimiento económico. Desde la crisis inducida de la deuda,⁵ el FMI tenía como misión

5 “El FMI no hizo nada para evitar el endeudamiento excesivo de la década de 1970 porque la deuda creciente era un medio muy útil para manejar la crisis [económica] y la sobreabundancia de capital ocioso que ella produjo” (Amin, 1997, p. 20).

principal “gestionar la deuda por medio de la imposición de ajustes estructurales” diseñados con el “exclusivo propósito” de cumplir con el servicio de la deuda incluso en detrimento del crecimiento económico o, como en el caso de los países del antiguo bloque comunista, el FMI buscaba dismantelar la estructura productiva preexistente (Amin, 1997, pp. 18-19). El objetivo del FMI, por tanto, era político: subordinar a los países de la periferia, reforzando a sus burguesías compradoras, y asegurar el drenaje de capital (mediante la liberalización de la cuenta de capitales) para financiar el déficit de la balanza por cuenta corriente de Estados Unidos, contribuyendo, así, al mantenimiento de los gastos de protección militar del imperialismo estadounidense (Amin, 1997, pp. 20-21).

Por su parte, el Banco Mundial “fue concebido como un instrumento de control de los flujos de la llamada ‘ayuda’ a los países en desarrollo y para asegurar que esta ayuda perpetúa la participación desigual dependiente del Sur en la red del comercio abierto global” (Amin, 1999, p. 78). Los créditos de ajuste estructural del Banco Mundial eran el “complemento de las estrategias establecidas por el FMI”: en vez de ser una institución pública, el Banco se reconocía a sí mismo como un “agente cuya tarea era apoyar la penetración del capital en el Tercer Mundo a través de las multinacionales”, proporcionando garantías contra el riesgo de la inversión directa, otorgando créditos para proyectos que destruían la autonomía del campesinado (revolución verde) o resultaban dañinos para el medioambiente (explotación forestal y minería), y facilitando la operativa de las transnacionales mediante la financiación pública de infraestructuras cuyos presupuestos inflados llevaban al sobreendeudamiento (Amin, 1997, pp. 23-25). El Banco Mundial era el Banco “del Norte, y específicamente el Banco Americano del Sur” (Amin 1998, p. 1390) y tenía una función ideológica clave: actuar como “el Ministerio de Propaganda del G7” (Amin 2004, p. 25), patrocinando una producción académica que “siempre está orientada a legitimar las estrategias del capital dominante” (Amin, 1997, p. 25).

Entre tales estrategias, contenidas en los Documentos Estratégicos de Reducción de Pobreza (PRSP, por sus siglas en inglés), se encontraba la de buscar inversiones de alta rentabilidad en sectores

productivos de la periferia que debían ser abiertos a la operativa del capital extranjero. Este era el propósito de la OMC, verdadero “Club de las Transnacionales” (Amin, 2006c, p. 135), organizadas en torno a la Cámara de Comercio Internacional, por medio de las TRIM (las medidas de inversión relacionadas con el comercio) y las TRIP (los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio) (Amin, 1997, pp. 26-30; Amin, 1999, p. 78). La OMC, en suma, se dedicaba a “configurar los sistemas productivos de las periferias de acuerdo con las necesidades de expansión comercial del Norte”, actuando, por tanto, como “un ministerio colectivo de las colonias” (Amin, 2006c). Para el caso de la UE, esa misma función la desempeñaba, a menor escala, la Comisión Europea, primero con la Convención de Lomé y luego con el Acuerdo de Cotonú, sobre los países ACP (África, Caribe y Pacífico), una “asociación” cuyo principal objetivo era frenar el desarrollo (la industrialización) de las excolonias europeas y someterlas a la división del trabajo que aseguraba el intercambio desigual con el lubricante de la ayuda internacional (Amin, 2006c).

En este punto, la UE, al igual que Estados Unidos, pretendía reservarse el acceso exclusivo a los recursos naturales de África, por medio del “control político y la reducción de los Estados africanos al estatus de «Estados clientes»” gracias a la ayuda, en detrimento de las necesidades de los países emergentes (Amin, 2009a, p. 174). Ello explica la complementariedad entre la ayuda a los gobiernos, como “principal fuente de financiación de los presupuestos” e instrumento para la “«modernización» de las culturas de exportación” y la ayuda que se canalizaba hacia la sociedad civil a través de las ONG para “facilitar el acceso a los bienes comunes (educación, salud, vivienda) de las clases medias y fracciones (sobre todo urbanas) de las clases populares” (Amin, 2009a, pp. 173-174).

El otro actor de la industria de la ayuda que Amin puso en su punto de mira fueron precisamente las ONG. Amin interpretó su proliferación en dos sentidos. En primer término, en perspectiva histórica porque independientemente de las intenciones de sus miembros, las ONG formaban parte del colonialismo posmoderno, eran “organizaciones humanitarias” que sustituían a los antiguos misioneros (Amin, 1997, p. 73) y la “misión civilizadora” del colonialismo decimonónico

por proyectos de desarrollo (Amin, 2009a, p. 11). En segundo lugar, las ONG eran una manifestación más de la “democracia de baja intensidad”, en la que la democracia volvía a sus orígenes burgueses, esto es, los ciudadanos podían votar libremente pero su destino se decidía en otra parte: el mercado (Amin, 1998, p. 1338; Amin, 2000, p. 598). La filosofía posmoderna es la que justificaba esta forma degradada de democracia o “democracia impotente, incapaz de producir estrategias políticas alternativas que sean coherentes y efectivas” (Amin, 2006b, p. 164). El posmodernismo era una filosofía de ajuste al neoliberalismo porque actuaba “solo dentro de los límites del sistema liberal” (Amin, 2004, p. 12) y resultaba portadora de un pensamiento débil “que elimina la capacidad de entender el mundo” (Amin, 2004, p. 41). Con sus críticas de las grandes narrativas, el posmodernismo denigraba las luchas fundamentales para acabar ensalzando la mera administración fragmentaria de los problemas cotidianos sobre el terreno.

En ese “vacío creado por estos retrocesos del pensamiento teórico crítico” (Amin, 2009a, p. 18) operaban las ONG con su simulacro de democracia participativa, que sustituía la conexión entre democracia y progreso social —la definición de democracia como proyecto “emancipador” de la “modernidad incompleta” (Amin, 2006b, p. 155)— por proyectos de desarrollo participativo, que dejaban intactas las raíces de los problemas que trataban de resolver e incluso contribuían a su reproducción suavizada.⁶ Así, la crítica moral llevada a cabo por las ONG se quedaba en la superficie en vez de ir a la raíz de lo que importa: la pobreza y la desigualdad no eran la consecuencia de unas políticas de ajuste estructural mal diseñadas o erróneas, que podían ser corregidas —como pretendían estas organizaciones—, sino de la propia “lógica del sistema, la lógica de la polarización mundial

6 “El argumento que aducen los promotores de este modelo de ‘desarrollo comunitario’ se presenta como pragmático (‘hacer algo por los desposeídos y las víctimas, que se reúnen en estas comunidades’) y democrático (‘las comunidades están entusiasmadas por afirmarse como tales’). Esta retórica universalista, sin embargo, “no exige una estrategia de acción efectiva para cambiar el mundo, lo que obviamente significa considerar formas concretas de lucha contra la opresión sufrida por este o aquel grupo en particular. De acuerdo. Pero la opresión en cuestión no puede ser abolida si al mismo tiempo le damos un marco dentro del cual puede reproducirse, incluso si lo hace en una forma más suave” (Amin, 2001).

inmanente” del capitalismo, de la que el FMI y el Banco Mundial eran guardianes (Amin, 1997, pp. 13-16). Es más, los movimientos sociales antisistema podían ser fácilmente controlados, ya que, desde “la estrategia de gestión mundial de la política global”, el imperialismo colectivo de la Tríada fomentaba “la mayor fragmentación posible de las fuerzas potencialmente hostiles al sistema [...] usando e incluso manipulando las demandas basadas en identidades separadas” de carácter étnico, religioso o de otro tipo (Amin, 2001) y también incentivando el accionar de estos movimientos para debilitar al Estado.⁷

En suma, “la proliferación de las ONG” era “en gran medida una respuesta a esta estrategia de despolitización de los pueblos del mundo” (Amin, 1998, p. 1388). Tales organizaciones, “lejos de constituir la estructura de una sociedad civil poderosa que emerge para enfrentar al Estado [...] acompañan la gestión de la sociedad por las fuerzas dominantes del capital” (Amin, 1998, p. 1388): son el espejo de una sociedad civil y un Estado debilitados, de ahí –podría añadirse– su discurso performativo sobre el fortalecimiento institucional o de sus contrapartes en los países en desarrollo, y de ahí también “la renuncia al pensamiento de un proyecto global coherente, por ello necesariamente político y preocupado por plantear la cuestión del poder, para sustituirla por la maravillosa creencia de que los ‘individuos’ pueden cambiar el mundo con el simple milagro de sus comportamientos inmediatos” (Amin, 2009a, p. 96). En suma, las ONG que decían luchar por otro mundo y una globalización alternativa estaban contaminadas por el “virus liberal” posmoderno que solo proponía medidas correctivas, como la “reducción de la pobreza” (Amin, 2004, pp. 41-42). En algunos casos, además, el “altermundismo ingenuo” era autorreferencial, ya que alimentaba “la ilusión de que el mundo estaría en el buen camino con la simple existencia de los movimientos sociales” (Amin, 2009a, p. 160).

7 “La manipulación o instrumentalización de los movimientos sociales siempre es una posibilidad capaz de condenarlos a la impotencia o de obligarlos a encajar en una perspectiva que no era con la que comenzaron. Existe una estrategia política global para dirigir el mundo, cuyo propósito es fragmentar las fuerzas antisistémicas fomentando la ruptura de las formas estatales de organización social” (Amin, 2006b, p. 154).

A partir de semejantes actores —las ONG y sus financiadores bilaterales y multilaterales, como el Banco Mundial, que fijaba el canon narrativo—,⁸ la lucha contra la pobreza de la agenda internacional de desarrollo era un “discurso de caridad, al estilo del siglo XIX”, incluido su concepto liberal de justicia social que renunciaba a indagar los mecanismos económicos y sociales causantes de la pobreza (Amin, 2004, p. 31).⁹ La pobreza, sin embargo, “es inseparable de la polarización a escala mundial, es el resultado inherente de la expansión del capitalismo realmente existente, que es imperialista por naturaleza”, y en concreto, la pobreza era la consecuencia de la nueva cuestión agraria que estaba provocando una renovada oleada de acumulación por expropiación y el consiguiente flujo de víctimas hacia las ciudades para engrosar el ejército de reserva de marginados empobrecidos de la globalización (Amin, 2004, p. 40).

En este contexto, Amin llevó a cabo una lúcida crítica de las dos agendas principales de la cooperación internacional de la primera década del siglo *xxi* (los ODM y la Agenda de Eficacia de la Ayuda) a partir de un enfoque sobre la operativa de la sociedad civil en el que el verdadero internacionalismo no pasaba por el “humanitarismo” sino por el “antimperialismo” (Amin, 2009a, p. 47). En coherencia con ello, el diagnóstico tanto de la agenda de los ODM como de la Agenda de Eficacia resultó tan contundente como orillado en las discusiones sobre falsos problemas de la industria académica de la ayuda (Engel, 2014). Los términos clave en ambos casos (“sociedad civil, buena gobernanza, justicia social y lucha contra la pobreza”) constituían “una ideología perfectamente funcional: lo esencial —el poder de la oligarquía capitalista— es eliminado del debate” (Amin, 2009a, p. 171).

8 “El Banco Mundial no tiene otra función para Washington que operar como una clase de ministerio de propaganda con sus tratados de ‘democracia’, ‘buena gobernanza’ y ‘reducción de la pobreza’” (Amin, 2004, p. 82).

9 “Reducir la pobreza se ha convertido en un leitmotiv de los objetivos que los poderes dominantes pretenden lograr a través de las políticas que ellos implementan. Pero la pobreza en cuestión solo se presenta como un hecho que se mide empíricamente, ya sea de manera muy aproximada a través de la distribución del ingreso (el ‘umbral de la pobreza’) o un poco menos a través de índices compuestos (como los propuestos para el ‘desarrollo humano’ por el PNUD) sin plantear la cuestión de los métodos ni los mecanismos que la generan” (Amin, 2004, p. 39).

La agenda de los ODM se centró en la reducción de la pobreza y fue fijada por la Tríada, que se aseguró el apoyo de las “ONG caritativas” con AOD y donaciones de las grandes fundaciones privadas, y excluyó a las “organizaciones populares que luchan por el progreso democrático y social” (Amin, 2006c). Por tanto, poco cabía esperar de dicha agenda, que dejaba fuera de su marco de análisis las políticas derivadas de la lógica del sistema capitalista (acumulación por expropiación, privatizaciones, explotación laboral y del medioambiente), lógica responsable de los males que se trataba de combatir (pobreza, insuficiente educación, marginación femenina, destrucción ambiental). Es más, toda la retórica de la “asociación” de los ODM resultaba ideológica: lo que realmente se pretendía era subordinar las metas de los objetivos a las demandas de los poderes imperialistas y sus transnacionales en los temas clave de coherencia de políticas (comercio, finanzas y transferencia de tecnología), por no hablar de la coherencia interna de la ayuda, cuya meta del 0,7 % era una mera “comedia”.¹⁰

En definitiva, los ODM hacían parte de “una serie de discursos que pretenden legitimar las políticas y prácticas implementadas por el capital dominante y aquellos quienes lo apoyan, es decir, en primer lugar, los gobiernos de los países de la Tríada, y en segundo lugar, los gobiernos del Sur”, reintroduciendo el término “desarrollo” como sustituto del “ajuste estructural” de las economías de la periferia a los requerimientos de la acumulación de capital en el centro. En los ODM el desarrollo (como industrialización y convergencia del período de Bandung) estaba ausente y solo se utilizaba como sinónimo “vacío de todo significado” de reducción de pobreza y buena gobernanza (Amin, 2006c), esta última empleada como sustituto inocuo del término “poder” (Amin, 2009a, p. 171). Los objetivos del milenio reales eran, por el contrario, muy diferentes: la acumulación por expropiación o privatización extrema (incluida la de la tierra de uso agrícola y los servicios públicos), y la apertura comercial y de la cuenta de capitales dentro de un contexto de máxima desregulación, en el que la función del Estado se reducía a labores de policía a nivel interno y

10 “¿Hay una comedia mejor que esta propuesta, repetida sin fin durante los últimos cincuenta años por aquellos que son responsables de implementarla y todavía no lo han hecho?” (Amin, 2006c).

a garantizar a nivel internacional el pago del servicio de la deuda con prioridad sobre cualquier otro gasto público (Amin, 2009a).¹¹

En cuanto a la Agenda de Eficacia, la Declaración de París de 2005 fue redactada por los “donantes” para ser impuesta a los supuestos beneficiarios de la ayuda, de manera que desempeñó la misma función ideológica que los ODM (Amin, 2009a, p. 166). Teniendo en cuenta que la ayuda era “siempre condicional, aunque no se reconozca abiertamente” (Amin, 2009a, p. 125), difícilmente su “arquitectura” podía ser negociada entre socios: la asociación era un término orwelliano que “se usa precisamente porque no es lo que se quiere” (Amin, 2009b, p. 127). La iniciativa del CAD sobre la eficacia de la ayuda fue, como la de los ODM, “unilateral”: se inscribió en una “estrategia política de los países de la Tríada encaminada a desacreditar a la ONU y a sustituirla por el G7 y por sus instrumentos, autocalificándose de «comunidad internacional»” (Amin, 2009a, pp. 166-167). Además de esta “impostura”, la Declaración de París representaba un “retroceso por comparación a las prácticas de los ‘decenios del desarrollo’ [...] cuando era más admitido el principio de libre elección por parte de los países del Sur de su sistema y de sus políticas económicas y sociales” (Amin 2009a, p. 167).

Así, la Declaración de París “reforzó los medios de control político de la Tríada por la agregación a la condicionalidad económica general... de una condicionalidad política: el respeto a los derechos humanos, la democracia electoral y pluripartidista, la buena gobernanza” (Amin, 2009a, p. 167). Para ello, las ONG, que supuestamente habían quedado al margen de la Declaración, fueron reintroducidas por la puerta de atrás (gracias al Programa de Acción de Accra de 2008 y su principio de apropiación incluyente) a fin de reforzar la ideología neoliberal dominante de la preeminencia de la sociedad civil (no de los sindicatos, organizaciones campesinas y partidos obreros o defensores de las clases populares) en la que el Estado era

11 “La apertura impuesta por el FMI de la cuenta de capital, para facilitar el endeudamiento de los EE. UU., permite al capital especulativo participar en la carrera del pillaje, y someter las monedas del Sur a devaluación sistemática. Esta devaluación, a su vez, hace posible que los activos locales en estos países sean comprados por casi nada, con evidente ventaja de las corporaciones transnacionales” (Amin, 2006c).

el “adversario por naturaleza” y las ONG actuaban como vehículos de “transmisión de las políticas de los donantes”, que muchas veces usaban estas organizaciones, autoerigidas y reconocidas como representantes de la sociedad civil, a modo de “ariete contra regímenes ‘socialistas’ o ‘nacional-populares’” (Amin, 2009a, pp. 169-170).

3. Desconexión para la interconexión de la periferia

3.1. Cooperación Sur-Sur genuina e integraciones regionales

A partir de este diagnóstico Amin encuadra la desconexión de la periferia mediante la CSS. La CSS como concepto nació tras el fracaso del Diálogo Norte-Sur para impulsar el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) de una manera ciertamente ambivalente. La noción de cooperación económica entre países del Tercer Mundo había surgido antes, en la Conferencia Afro-Asiática de Bandung (1955), que dio lugar a la creación en 1958 de la AAPSO (la Organización de Solidaridad de los Pueblos Afro-Asiáticos, con sede en el Cairo), y la AAPO (la Organización Panafricana de los Pueblos, con sede en Accra). Entre 1960 y 1963, el conflicto entre las fuerzas políticas nacionalistas radicales (el Grupo de Casablanca) y las que emergieron de las concesiones europeas (el Grupo de Monrovia) confluyeron para crear la Organización para la Unidad Africana (OUA), aunque sus miembros decidieron aceptar las fronteras coloniales responsables de la balcanización del continente africano (y que por lo mismo hacían muy difícil la integración económica) y se comprometieron a apoyar solo a aquellos movimientos que buscaran la liberación nacional de los restos coloniales (las colonias portuguesas, Rhodesia, Namibia y Sudáfrica). En ese momento, la “solidaridad política” de los movimientos que habían conducido a la descolonización se extendió “a la nueva cooperación económica entre los Estados liberados del colonialismo” y que rechazaban las “recetas neocolonialistas ofrecidas por Occidente”: fue el caso de Egipto con Gamal Abdel Nasser y su panarabismo, y Ghana con Kwame Nkrumah y su panafricanismo, secundado en Guinea por Ahmed Sékou Touré, en Mali por Modibo Keita y en Tanzania por Julius Nyerere (Amin, 1989, pp. 288-290).

Sin embargo, esta marea de cooperación económica y política basada en la construcción de frentes comunes para salir de la “«dependencia» y el intercambio desigual Norte-Sur” con el apoyo, según los casos, de la URSS y China, empezó a refluir con la crisis económica de la década de 1970.¹² Paradójicamente, la crisis del petróleo permitió un reforzamiento de la cooperación árabe-africana, pero a costa de distorsionar “la genuina Cooperación Sur-Sur”, que era una “proyecto de desarrollo para la liberación... sinónimo de un desarrollo autocentrado” (Amin, 1989, pp. 295, 297).

Dado el diagnóstico sobre el maldesarrollo, la propuesta de desconexión de Amin se articuló desde el primer momento sobre la base de la intensificación de la cooperación económica internacional entre países de la periferia para recuperar el espíritu original de Bandung. Para Amin, la “desconexión de la división internacional del trabajo” significaba poner en marcha una “estrategia de desarrollo nacional autosuficiente” reforzada por una “estrategia colectiva de autosuficiencia por grupos de países del Tercer Mundo o por el Tercer Mundo en su conjunto” (Amin, 1979, p. 69) que sustituyera las relaciones Norte-Sur por una genuina “cooperación Sur-Sur” (CSS) y “cooperaciones triangulares Sur-Sur” (Amin, 1980, p. 16-17). Eso es lo que proponía la estrategia de “desarrollo endógeno nacional y colectivo” del Programa de Lagos aprobado en la Cumbre de la OUA de 1980, que Amin reivindicó como alternativa al informe Brandt para África (Amin, 1980, p. 15), mediante “la interconexión del ‘Tercer’ y ‘Cuarto’ Mundo en una nueva perspectiva global” (Amin, 1981a, p. 546).

Desde el primer momento, Amin había apostado por “crear la necesaria solidaridad dentro de un marco de grandes áreas organizadas” que fueran más allá de los mercados comunes, una herencia colonial que el proceso de descolonización había quebrado en África (Amin, 1970, p. 219). En concreto, defendió “el establecimiento planificado, voluntario y simultáneo de complejos industriales complementarios y autocentrados”, en integraciones regionales a partir de

12 “La crisis empieza en la segunda mitad de la década de 1960 con la crisis del dólar, la intervención militar de EE. UU. en Vietnam y la crisis ideológica de 1968. La crisis del petróleo de 1973 y la derrota de EE. UU. en Vietnam en 1975 confirman que la crisis es una crisis en la relación Norte-Sur, esto es, una crisis en el imperialismo” (Amin, 1982b, p. 176).

las macroregiones existentes dentro de África Subsahariana (Amin, 1970, p. 221).¹³ Como, para llevar a cabo ese plan, el problema fundamental era de dónde saldría la financiación, Amin esbozó un “acuerdo global” basado en el “espíritu de una cooperación al servicio de un desarrollo nacional autónomo” (Amin, 1978, p. 20). Se trataba de fomentar la “ayuda mutua” complementada con la “integración económica entre países del Tercer Mundo” por medio de acuerdos de comercio, pagos y transferencia tecnológica Sur-Sur, un fondo para la financiación de los precios de los recursos naturales (cuya explotación debía ser controlada por el Estado) y sistemas de regulación del flujo de exportaciones de dichos recursos (con la creación de carteles de productores), para ajustarlas “al nivel de importaciones exigidas por la estrategia de desarrollo autocentrado” (esto es, aquel que, siguiendo la doctrina de Mao, se basa en contar con las propias fuerzas) y en la industrialización puesta al servicio de la mejora de la productividad rural (Amin, 1978, pp. 5-20; Amin, 1981b).

Amin sistematizó esta propuesta al año siguiente en una “Carta de Cooperación” para la “cooperación económica entre los países del Tercer Mundo” (Amin, 1979, p. 71). Esta cooperación era la alternativa al fracaso del Diálogo Norte-Sur para el NOEI: si el orden internacional reflejaba la balanza de poder, para cambiar dicho orden por uno nuevo y hacer avanzar la negociación con el Norte, había que fortalecer previamente el poder de la periferia a cuyas expensas se beneficiaban los países del centro (Amin, 1979, p. 69, 71).

La Carta se articuló en los siguientes puntos: a) comercio directo, sin intermediarios, entre países del Tercer Mundo; b) sistema generalizado de preferencias entre países del Tercer Mundo, cubriendo transporte y fletes; c) sistema internacional de pagos entre países del Tercer Mundo sin intermediarios; d) asociaciones de productores del Tercer Mundo para fijar precios de sus exportaciones y creación de

13 Amin (1972b) planteó, desde el análisis histórico, tres macrorregiones de las que solo quedaban al margen unos pocos países del continente: el África Occidental vinculada a la economía comercial colonial (Ghana, Nigeria, Sierra Leona, Gambia, Liberia, Guinea-Bissau, Togo, Camerún Chad y Sudán), la Cuenca del Río Congo vinculada a las compañías de comercio privilegiado (Congo-Kinshasa, Congo-Brazzaville, Gabón y la República del África Central) y el África del Este y del Sur de las reservas de trabajo (Kenia, Uganda, Tanzania, Ruanda, Burundi, Malawi, Angola, Mozambique, Zimbabwe, Botsuana, Lesoto, Suazilandia y Sudáfrica).

un fondo de compensación a otros países del Tercer Mundo por los pagos adicionales involucrados; e) disponibilidad libre o en términos especialmente ventajosos de la tecnología diseñada en los países del Tercer Mundo; f) trato preferencial para las empresas transnacionales del Tercer Mundo (solo aquellas que cuenten con capital autóctono) en los países de la periferia; g) impuestos finalistas sobre todas las exportaciones del Tercer Mundo a los países desarrollados para un fondo de desarrollo operado por una organización internacional propia, en la que los países en desarrollo estén representados sobre bases de igualdad (Amin, 1979, p. 71).

La filosofía general de la Carta era la de la “cooperación mutua” para “reemplazar las relaciones Norte-Sur por las relaciones Sur-Sur”, sobre la base del respeto a la soberanía nacional (principio clave de Bandung y de la Carta de Naciones Unidas) para que cada país eligiera su propia vía al desarrollo (Amin, 1979, p. 72). Además, en “la cooperación entre los países del Tercer Mundo” no debían “reproducirse las relaciones de hegemonía y subordinación que existen entre países metropolitanos y países del Tercer Mundo”, ni esta cooperación debía convertirse en “la puerta trasera a través de la cual estas relaciones se mantienen o se imponen a países que intentan liberarse de ellas” (Amin, 1979, p. 72). Con esta última observación Amin se refería al peligro de que la CSS —a través del Plan de Acción de Buenos Aires (1978)— fuera cooptada por los donantes del CAD como cooperación técnica (carente de medios) o como cooperación triangular para “seguir haciendo lo mismo pero con el dinero de otros” (Amin, 1980, p. 16). Frente a ello, Amin reivindicó usar el superávit de los países de la OPEP (el Fondo de la OPEP para el Desarrollo Internacional) para apoyar la industrialización autocentrada, y, en concreto: i) la creación de una industria pesada orientada a satisfacer el proceso de mecanización de la agricultura campesina (que además requeriría inversiones en riego y fertilizantes); ii) apoyo técnico (para investigación y transferencia tecnológica), mediante “cooperaciones triangulares Sur-Sur”; y iii) el cambio de las matrices energéticas sustitutivas del petróleo en la producción de energía primaria (Amin, 1980, p. 17).

A fines de la década de 1980, cuando la agenda del NOEI había quedado enterrada y solo los Estados continentales, China e India, seguían comprometidos en su defensa (Domínguez, 2019b), Amin volvió a reclamar la CSS con integraciones regionales estratégicas para equilibrar el sistema mundial (“un policentrismo político y económico” desde el no alineamiento) como “condiciones externas” para un “desarrollo alternativo [...] nacional y popular” (Amin, 1989, pp. 19-23). De lo contrario, la cooperación internacional del CAD reforzaría el desarrollo dependiente, maldesarrollo o lumpendesarrollo (término este último tomado de Frank (1973)), que en el mejor de los casos era un crecimiento extravertido, desigual, volátil y no sostenible al basarse en un “concepto de competitividad truncada” (Amin, 2013, p. 44). solo “una sociedad regional bien integrada a través del desarrollo de complementariedades internas y el liderazgo para superar, al menos parcialmente, las relaciones asimétricas y desiguales Norte-Sur” podría asegurar un verdadero desarrollo (Amin, 1989, p. 290). Esta agenda de CSS genuina sería la reivindicación de Amin hasta el fin de sus días y la articuló según la secuencia maoísta de atravesar el río paso a paso, piedra a piedra: primero, construyendo una “regionalización policéntrica” de “interdependencia negociada” desde la cual reformar después el sistema de Naciones Unidas y los organismos asociados de la familia: FMI, Banco Mundial y OMC (Amin, 1997, pp. 43 y ss.).

Así, en la década de 1990, Amin reiteró la prioridad de “reorganizar el sistema global sobre la base de grandes regiones, las cuales agruparían zonas esparcidas de las periferias”, ya que solo a esta “escala” se podía contrarrestar el poder de los cinco monopolios (tecnología, finanzas, recursos naturales, comunicaciones y armamentos) del imperialismo colectivo de la Tríada (Amin, 1994b, p. 127).¹⁴ Para ello, el concepto de regionalización (“construcción de grandes regiones integradas del Tercer Mundo”) debía hacer frente a “los desafíos de una polarización cada vez mayor generada por el proceso de globalización capitalista” (Amin, 1999, p. 54). La regionalización era

14 Amin se refiere en concreto a la “constitución de regiones latinoamericanas, árabes, africanas y del sudeste asiático, junto a China e India (los únicos países continentales de nuestro planeta)” (Amin, 1994b, p. 127).

pues, la estrategia para llevar a cabo la “desconexión, que implica un ‘ajuste mutuo’ del Norte y del Sur” (Amin, 1999, p. 57). Se trataba de un “proyecto de globalización alternativa” mediante la “construcción de un sistema político global que no está al servicio del mercado global” (Amin, 1999, p. 66), sino al de los “pueblos y clases dominadas” para “elevar las condiciones de su participación en la producción y el acceso a mejores condiciones de vida” (Amin, 1997, p. 104).

Con la crisis financiera de 2008, Amin vio la ventana de oportunidad para la desconexión por medio de este tipo de regionalización para el control nacional de los mercados monetarios y financieros, de las tecnologías modernas y la recuperación del uso de los recursos naturales, incluida la tierra agrícola, y sostener así la “opción del desarrollo nacional y popular” (Amin, 2009a, pp. 47-48). Y con el Gran Estancamiento que sucedió al cierre (en falso) de la Gran Recesión, Amin defendió que China reconstruyera “un ‘nuevo frente del Sur’ (¿Bandung 2?) capaz de soportar las iniciativas independientes de los pueblos y los Estados del Sur” (Amin, 2013, p. 82). Este frente, integrado por el Movimiento de Países No Alineados, el G77+China y la coordinación de instituciones de integración regional como la Celac y la Unión Africana (Amin, 2015), era el único capaz de sacar adelante una agenda de desarrollo sostenible fuerte en clave limitarianista, que Amin formuló antes de que esta se diluyera en la nueva operación transformista de la Agenda de Desarrollo Sostenible 2030 (Domínguez, 2018b). Para Amin, una agenda de desarrollo verdaderamente sostenible solo era posible fuera de la lógica de acumulación sin fin del capitalismo (de su ontología del valor de cambio y de su mitología de la convergencia). Por tanto, se necesitaba volver a una ontología del valor de uso para la satisfacción de las necesidades desde una concepción marxista del desarrollo como perfeccionamiento personal y colectivo, que solo era realizable en una “nueva civilización” que todavía estaba por inventar (Amin, 2007, p. 1151). Para Amin, no había duda de que un “futuro posible” tendría que parecerse al ideal del ecosocialismo

Se impone “otro estilo de consumo y de vida” diferente del que hace aparentemente feliz a los pueblos de los países opulentos y del que se da en el imaginario de sus víctimas. La expresión *solar socialism*

(que podría traducirse como “socialismo + energía solar”) propuesta por Elmar Altvater, ha de tomarse en serio. El socialismo no puede ser el capitalismo, corregido por la igualdad en el acceso a sus beneficios, a escala nacional y mundial. Será cualitativamente superior o no será (Amin, 2009a, p. 49)

3.2. Reconstruir el sistema multilateral: el renacimiento de Naciones Unidas

La regionalización, como nueva agenda del movimiento de los no alineados y pilar de la genuina CSS, tenía que ser la base para negociar un “proyecto humanista de globalización alternativa” (Amin, 1997, p. 5). Dicho proyecto pasaba por “reconstruir el sistema de Naciones Unidas” (Amin, 1997, p. 44), que Amin consideró —por su conocimiento interno de la organización y siempre que esta recuperase su misión original— como un freno al “hegemonismo norteamericano” (Amin, 2006a, p. 215). En consecuencia, había que devolver a Naciones Unidas sus funciones de “apoyar la democratización a través de la inclusión de los derechos sociales entre los principales derechos de los individuos y los pueblos; y promover un genuino derecho internacional, a través de la negociación paso a paso de compromisos indispensables para el progreso de la humanidad” (Amin, 2006b, p. 126). El derecho internacional, basado en el principio del respeto a la soberanía nacional, no podía tolerar más el “derecho de interferencia” que defendía la “sociedad civil” occidental, que “con su característica ingenuidad”, había convertido la intervención humanitaria “en parte de las manipulaciones del capital imperialista dominante en la persecución de sus propios objetivos”: el derecho de interferencia debía ser “condenado sin reservas” y había que remover las bases militares de Estados Unidos como condición previa para un proceso de desarme general, no solo de no proliferación nuclear (Amin, 2006b, pp. 128-129).

Naciones Unidas debía funcionar, junto con un parlamento mundial, como el centro “de las negociaciones políticas y económicas para organizar la articulación de la interdependencia comercial y financiera entre las principales regiones del mundo; abrir las negociaciones sobre desarme; dar los primeros pasos hacia la creación de un sistema

tributario mundial organizado en torno a los objetivos de protección del medioambiente y los recursos naturales” (Amin, 1997, p. 44). Todo ello, sometido al derecho internacional, inspirado en la filosofía de regulación de la globalización neoliberal “para la protección de los débiles (clases y naciones)” y efectivizado por una ampliación de la Corte Internacional de Justicia, la creación de cortes especializadas sobre los diferentes derechos individuales (civiles y políticos, económicos, sociales y culturales) y colectivos (derecho al desarrollo), así como una Corte Empresarial que juzgase “los actos económicos criminales” de las grandes empresas (Amin, 2006b, pp. 143-144, 156).

En el primer punto (interdependencia comercial y financiera), se necesitaría una reforma del FMI a partir de la creación de un sistema estable de tipos de cambio entre divisas de las integraciones regionales manejadas por fondos o acuerdos monetarios de nivel regional, actuando el FMI como mero coordinador entre ellas. Se necesitaría también “una seria revisión del concepto de ‘ayuda al desarrollo’, con el reemplazo del Banco Mundial por un acuerdo (similar al que Keynes había propuesto para el FMI) que permitiera la canalización automática del ahorro mundial (el obtenido por los países con superávit), hacia las inversiones productivas en los países con déficit (Amin, 1997, pp. 105-106). Y, por último, sería preciso también la sustitución de la OMC por una Organización de Comercio Multirregional que se encargara de la planificación de objetivos de desarrollo a fin de mejorar la situación de los países y los grupos desventajados (Amin, 1999, pp. 77-79). Para ello, la Unctad debía recuperar sus funciones originales de regulación de acceso al mercado y retomar la creación del Código de Conducta sobre Empresas Transnacionales (Amin, 2006b, p. 139).

También en relación con las finanzas y el comercio internacionales, Naciones Unidas debía tomar cartas en el asunto de la deuda de los países del Tercer Mundo, creando una “comisión” para la “auditoría” de la deuda externa (Amin, 2009a, p. 178). Dicha deuda era el resultado no de la gestión irresponsable, incompetente o corrupta de los prestatarios, sino de “las políticas sistemáticas de los prestamistas buscando invertir el excedente de capital” en *outlets* alternativos fabricados artificialmente (por medio de las devaluaciones

impuestas por las políticas de ajuste estructural) para evitar la desvalorización de dicho excedente (Amin, 2006b, p. 137). De esta forma, el servicio de la deuda funcionaba como un “sistema de pillaje de la riqueza y el trabajo” de la periferia y convertía “incluso a los países más pobres de la tierra en exportadores de capital al Norte” (Amin, 2006b, p. 137). Por tanto, era prioritario establecer “un sistema de clasificación de la deuda internacional” que distinguiera entre deudas ilegítimas (odiosas/inmorales y dudosas, estas últimas poniendo bajo el punto de mira al Banco Mundial) y deudas aceptables; y que cuestionara también la gestión del servicio de la deuda por medio de condicionalidades como las contenidas en la iniciativa HIPC, que hacía a los países pobres altamente endeudados “similares a colonias bajo administración directa extranjera” (Amin, 2006b, pp. 137-138).

Por último, en cuanto al acceso a los recursos naturales y la protección del medioambiente, había que defender el derecho de acceso de los campesinos a la tierra y la soberanía alimentaria (sacando de la OMC las negociaciones sobre la liberalización del comercio de productos agrícolas). Y también era necesario recuperar el concepto genuino de “desarrollo sostenible”, el cual ponía en evidencia “la contradicción entre el mercado y los intereses de la humanidad”, esto es, entre la lógica irracional de corto plazo del capital (el descuento futuro) y la lógica de los derechos de las generaciones presentes (que en la periferia se veían sometidas al “*apartheid* global” por el derroche y expropiación perpetrados por las sociedades del centro) y las venideras (Amin, 2006b, p. 140). Un sistema tributario global sobre los beneficios asociados y la explotación de los recursos naturales o para la distribución de la recaudación de manera que favoreciera a los países y regiones más pobres y desincentivara el despilfarro de recursos debía empezar a funcionar con el petróleo y el agua “como bien común de la humanidad” (Amin, 2006b, pp. 140-141, 159-160).

Pero, en el mientras tanto, Amin no era partidario de que los países de la periferia rompieran con el régimen de la ayuda. Al final, y como tantos otros críticos de la ayuda, no aconsejó renunciar a ella: “la opción no es entre la ayuda tal como es y la ausencia de ayuda”, sino “una transformación radical de la concepción de las funciones de la ayuda” basada en una visión compartida de la “solidaridad”

que solo podía elaborarse dentro de Naciones Unidas (Amin, 2009a, pp. 175-176). Ni la OCDE ni el Banco Mundial ni la UE estaban en condiciones de generar esa visión y tampoco podían imponer “el monopolio de la producción de recetas válidas para todos”; menos aún se debía sustituir a Naciones Unidas “por fórmulas de participación de ONG (cuidadosamente seleccionadas) en conferencias concebidas y administradas por el Norte (y manipuladas forzosamente por las diplomacias del Norte)”, una referencia más o menos velada a los Foros de Alto Nivel sobre Eficacia de la Ayuda (Amin, 2009a, pp. 176-177). En consecuencia, el Foro de Cooperación para el Desarrollo de Naciones Unidas (UNDCF por sus siglas en inglés) dependiente del Ecosoc era el *locus* para llevar a cabo “la construcción de cooperaciones auténticas en la perspectiva de un mundo policéntrico” (Amin, 2009a, p. 177).

Estas cooperaciones exigían una redefinición de la métrica de la AOD, empezando por la ayuda humanitaria, perfectamente legítima, pero vigilando “el peligro de una explotación política inaceptable” (Amin, 2009a, p. 181). Y en cuanto a la ayuda al desarrollo debían excluirse los “préstamos concesionales”¹⁵ y las “reducciones de la deuda decididas a título de casi caridad” (Amin, 2009a, pp. 177, 181-182). Frente a estas prácticas, se necesitaba una auditoría de la deuda que anulara las deudas ilegítimas e indemnizara a los países prestatarios de “lo pagado en exceso” (Amin, 2009a, pp. 178). Esta “ayuda alternativa” era “indisociable de la formulación de un desarrollo alternativo” en el que la “ayuda pública, ciertamente deseable en sí” tendría la función de contribuir a la reconstrucción del Estado y a su capacidad para cumplir las funciones que le son propias (el servicio público en los campos de la educación, de la salud, del suministro de agua y electricidad, de los transportes públicos, de la vivienda social, de la seguridad social) y a las que ni el sector privado (que se reservará las únicas tajadas rentables de estas actividades), ni el asociativo (por bienintencionado que sea) pueden responder correctamente (Amin, 2009a, p. 181).

15 “Se trata de instrumentos de políticas comerciales puestas en práctica por los Estados de la Triada, agresivos (en cierto modo tanto como lo es el *dumping*), cuyos beneficiarios principales son, en definitiva, los exportadores del Norte” (Amin, 2009a, p. 177).

La cooperación de China, centrada en la inversión en infraestructuras, ofrecía un horizonte de esperanza para este desarrollo alternativo de África: se trataba “de un desarrollo industrial, de un desarrollo digno de ese nombre, que no es simplemente unos pocos productos agrícolas para la exportación en condiciones miserables, sino más bien la infraestructura de transporte, ferrocarriles, carreteras” (Amin 2010, p. 123). China, cuyo compromiso con África era de larga data y que tenía el récord de haber construido el Tanzam,¹⁶ no podía ser acusada de una carrera para la depredación de los recursos naturales similar a las de Estados Unidos (y la UE como su aliado subalterno), porque a diferencia del hegemon, China “no tenía un proyecto de control militar del planeta” (Amin 2010, p. 123).

4. Conclusiones

El pensamiento de Samir Amin sobre el desarrollo, el régimen de la ayuda y la desconexión resulta clave para fundamentar una teoría crítica de la cooperación internacional en el plano epistemológico, metodológico y de coherencia teórica interna. Del rescate y sistematización de estos aportes se pueden adelantar seis lecciones para una renovación de las agendas transformadoras de investigación. En primer lugar, este régimen internacional y su política pública (la de cada uno de los “donantes” del CAD) no se pueden estudiar con un enfoque de nacionalismo metodológico, sino recurriendo al “sistema mundial como unidad central de análisis” (Amin, 1999, p. 55).

En segundo lugar, debe analizarse con un perspectivismo que tome en cuenta los intereses, marcos teórico-conceptuales y trayectorias históricas de los países de la periferia, rechazando de plano las teleologías eurocéntricas dualistas de la modernización y las visiones totalitarias tipo fin de la historia que asumen que no hay más alternativas

16 El ferrocarril Tanzania-Zambia fue construido entre 1970 y 1976 con fondos de la cooperación china por valor de 500 millones de dólares (más de 3200 millones de dólares actualizados a 2018). La ayuda china para este proyecto estratégico llegó tras la negativa a financiarlo por parte del Banco Mundial, Naciones Unidas, Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y se instrumentó mediante un crédito a interés cero, pagable a 30 años (en dinero o especie) y con un período de gracia de 15 años. Con un trazado de 1860 km, el Tanzam constituyó “la vía de comunicación terrestre más importante de África Subsahariana durante mucho tiempo” (Domínguez, 2018c, p. 150).

que el capitalismo con o sin rostro humano, con o sin cooperación internacional. Esta no es más que la dimensión social del neoliberalismo al estilo de Washington y la Tríada (Amin, 1972b; Amin, 1997; Amin, 2009c), un “modo de pensar que interioriza la dependencia” y del que, por tanto, es necesario liberarse (Amin, 2009a, p. 183).

En tercer lugar, el objetivo declarado de la política de cooperación internacional, el desarrollo, tiene que abordarse en el marco de una teoría de economía política internacional en clave histórica, dialéctica y de poder centro-periferia, que es en la que se generan el desarrollo y la interdependencia desiguales. La investigación sobre cooperación internacional no puede olvidar que el desarrollo desigual (y la dependencia de la periferia) es producto de relaciones previas de poder que arrancan desde el momento mismo de nacimiento del capitalismo histórico, el “sistema mundial de 1492” (Amin, 2001), lo que exige aplicar la equivalencia polarización-imperialismo-globalización, ya que el sistema es “imperialista por naturaleza” desde su inicio (Amin, 2007, p. 1150). En definitiva, el análisis histórico es imprescindible para contrarrestar el enfoque positivista, presentista y tecnocrático de resolución de problemas que asumen la mayoría de los actores académicos (haciendo seguidismo de los operadores oficiales y privados) de la industria de la ayuda (Domínguez y Lucatello, 2018).

En cuarto lugar, para comprender cabalmente la política de cooperación internacional hay que tener un conocimiento preciso de los mecanismos del sistema internacional de pagos (y por tanto del sistema monetario y financiero), así como del funcionamiento de la macroeconomía internacional y su concepto medular: la balanza por cuenta corriente. Este es un punto fundamental descuidado en la formación de los investigadores de cooperación internacional, que, en su mayoría y por razones de procedencia académica del campo de las relaciones internacionales (contaminadas hasta la saturación por las epistemologías posmodernas), desconocen estos aspectos elementales de la realidad y que resultan imprescindibles para comprender la funcionalidad y direccionalidad de la ayuda al desarrollo.

Por tanto, en quinto lugar, los enfoques críticos no se deben limitar, ni mucho menos confundir con el análisis crítico del discurso. La realidad estructurada existe y se materializa en instituciones (reglas impuestas por relaciones de poder entre Estados) reguladas por organizaciones internacionales, cuya operativa y propósitos son penetrables estadísticamente y por medio de herramientas del análisis económico, no solo por técnicas literarias de deconstrucción de metáforas. La concepción marxista de la ideología, como epistemología de la sospecha, puede ayudar mucho más para comprender la realidad y sus significados que los alambicados ejercicios oscurantistas de ese verdadero trasunto del “partido político teórico originario de la filosofía” (Marx, 1843, p. 181) que es el posmodernismo.

Por último, y en sexto lugar, la cooperación internacional debe ser coherente con una agenda de desarrollo sostenible fuerte, lo que pasa por “librarse de las ilusiones de un capitalismo nacional autónomo en el sistema y de los mitos del pasado” (Amin, 2009a, p. 47), esto es, de la idea de que la participación en las oportunidades de la globalización realmente existente es el nuevo camino a la convergencia. solo una globalización sin hegemonía, que permita la autonomía de las sociedades y los Estados del Sur, una “globalización negociada” (Amin, 2016, p. 10) en el marco de un sistema verdaderamente multilateral podrá devolver la aspiración inicial de la cooperación internacional al objetivo de “progreso económico y social de todos los pueblos” previsto en la Carta de Naciones Unidas.

5. Referencias bibliográficas

- Amin, S. (1970). Development and Structural Change: The African Experience, 1950-1970. *Journal of International Affairs*, 24(2), pp. 203-223.
- ____ ([1971] 1981). *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, segunda edición.
- ____ (1972a). En partant du “Rapport Pearson”. Développement et transformations structurelles: l'expérience de l'Afrique (1950-1970). *Revue Tiers Monde*, 13(51), pp. 467-490.
- ____ (1972b). Underdevelopment and Dependence in Black Africa. Origins and Contemporary Forms. *Journal of Modern African Studies*, 10(4), pp. 503-524.
- ____ (1978). Développement autocentré, Autonomie Collective et Ordre Economique International Nouveau. *Africa Development*, 3(1), pp. 5-23.
- ____ (1979). NIEO: How to Put Third World Surpluses to Effective Use. *Third World Quarterly*, 1(1), pp. 65-72.
- ____ (1980). Du Rapport Pearson (1970) au Rapport Brandt (1980) ou la crise de l'ideologie du développement. *Africa Development*, 5(3), pp. 5-20.
- ____ (1981a). Some Thoughts of Self-reliant Development, Collective Self-reliance and the New International Economic Order. En S. Grassman y E. Lundberg (Eds.), *The World Economic Order. Past and Prospects*. Londres, The MacMillan Press, pp. 534-552.
- ____ (1981b). *The Future of Maoism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- ____ (1982a). A critique of the World Bank report entitled “Accelerated development in Sub-Saharan Africa”. *Africa Development*, 7(1-2), pp. 23-30.
- ____ (1982b). Crisis, Nationalism, and Socialism. En S. Amin *et al.*, *Dynamics of Global Crisis* (pp. 167-231). Nueva York: Monthly Review Press.
- ____ ([1989] 2011). *Maldevelopment. Anatomy of a Global Failure*. Dakar: Pambazuca Press.
- ____ (1992). *Empire of Chaos*. Nueva York: Monthly Review Press.

- _____ (1994a). L'idéologie et la pensée sociale: l'intelligentsia et la crise du développement. *Africa Development*, 19(1), pp. 1-16.
- _____ (1994b). El futuro de la polarización global. *Nueva Sociedad*, 132, pp. 118-127.
- _____ ([1997] 2014). *Capitalism in the Age of Globalization. The Management of Contemporary Society*. Nueva York: Zed Books.
- _____ (1998). Towards a Progressive and Democratic New World Order. *Economic and Political Weekly*, 33(23), pp. 1385-1390.
- _____ (1999). Regionalization in Response to Polarizing Globalization. En B. Hettne *et al.* (Eds.), *Globalism and the New Regionalism* (pp. 54-84) Londres: McMillan Press.
- _____ (2000). Economic Globalism and Political Universalism. Conflicting Issues?. *Journal of World-Systems Research*, 6(3), pp. 582-562.
- _____ (2001). Imperialism and Globalization. *Monthly Review*, 53(2). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2001/06/01/imperialism-and-globalization/>.
- _____ (2004). *The Liberal Virus. Permanent War and the Americanization of the World*. Nueva York: Monthly Review Press.
- _____ (2006a). *A Life Looking Forward. Memoirs of an Independent Marxist*. Nueva York: Zed Books.
- _____ (2006b). *Beyond US Hegemony? Assessing the Prospects for a Multipolar World*. Londres/Nueva York: Zed Books.
- _____ (2006c). The Millennium Development Goals: A Critique from the South. *Monthly Review*, 57(10). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2006/03/01/the-millennium-development-goals-a-critique-from-the-south/>.
- _____ (2007). Reflections. Interviewed by Amady Aly Dieng. *Development and Change*, 38(6), pp. 1149-1159.
- _____ (2009a). *La Crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*. Madrid: El Viejo Topo.
- _____ (2009b). Aid for Development. En H. Abbas e Y. Niyiragira (Eds.), *Aid to Africa. Redeemer or Coloniser?* (pp. 59-75). Dakar: Pambazuka Press.

- _____. (2009c). *Eurocentrism. Modernity, Religion, and Democracy. A Critique of Eurocentrism and Culturalism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- _____. ([2010] 2014). Africa 50 Years of Independence. En Samir Amin. *Pioneer of the Rise of South* (pp. 119-123). Heidelberg: Springer.
- _____. (2013). *The Implosion of Contemporary Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- _____. (2015). From Bandung (1955) to 2015: Old and New Challenges for the States, the Nations and the Peoples of Asia, Africa and Latin America. International. *Critical Thought*, 5(4), pp. 453-460.
- _____. (2016). The world without Bandung, or for a polycentric system with no hegemony. *Inter-Asia Cultural Studies*, 17(1), pp. 7-11.
- Bianchi, A. M. (2018). Challenges of doing Research in the History of Economic Thought: a Latin American perspective. *Estudos Econômicos*, 48(2), pp. 215-228.
- Bodenheimer, S. (1970). Dependency and Imperialism. The Roots of Latin American Underdevelopment. *NACLA Report on the Americas*, 4(3), pp. 18-27.
- Chase-Dunn, C. (2012). World Systems Perspective. En H.K. Anheier y M. Juergensmeyer (Eds.), *Enciclopedia of Global Studies* (pp. 1827-1830). Los Angeles: SAGE, vol. IV.
- Columbia University (1970). Declaración de la Conferencia sobre desarrollo económico internacional, *Comercio Exterior*, 20(6), pp. 447-448.
- Domínguez, R. (2018a). Dialéctica del origen, despliegue y climaterio del régimen internacional de la ayuda. *Revista de Economía Crítica*, 25, pp. 76-104.
- _____. (2018b). Cambiando el marco interpretativo de la cooperación. Desigualdades internacionales y desarrollo insostenible. En P. Mochi y C. Girardo (Coords.), *Otros desarrollos, otra cooperación. Retos y perspectivas de la Cooperación Internacional ante la diversidad de los esquemas de desarrollo* (pp. 57-80). UNAM, Cuernavaca.
- _____. (2018c). China y el renacimiento de África. En J. Vadell (org.), *A expansão econômica e geopolítica da China no século XXI* (pp. 139-183). Belo Horizonte: Editora PUC Minas.

- _____. (2019a). Samir Amin (1931-2018) y el desarrollo desigual. *Revista Iberoamericana de Estudios del Desarrollo*, 8(2), pp. 230-254.
- _____. (2019b). La constelación del Sur: la Cooperación Sur-Sur en el cuarenta aniversario del Plan de Acción de Buenos Aires. En R. Domínguez et al. (Eds.), *La constelación del Sur: lecturas histórico-críticas de la Cooperación Sur-Sur* (pp. 13-131). Puebla: BUAP/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- Domínguez, R., y Lucatello, S. (2018). Introducción: historizando y descolonizando la cooperación internacional para el desarrollo. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 120, pp. 7-27.
- Dos Santos, T. (1970). The Structure of Dependence. *American Economic Review*, 60(2), pp. 231-236.
- Engel, S. (2014). The not-so-aid-great debate. *Third World Quarterly*, 35(8), pp. 1374-1379.
- Fetterman, D. M. (2009). Emic/etic distinction. En L.M. Given (Ed.), *The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods* (p. 249). Los Angeles: SAGE, vol. I.
- Frank, A.G. (1973). *Lumpen-burguesía: lumpen-desarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- _____. (1980). North-South and East-West Keynesian paradoxes in the Brandt report. *Third World Quarterly*, 2(4), pp. 669-680.
- Furtado, C. (1971). Dependencia externa y teoría económica. *El Trimestre Económico*, 38(150-2), pp. 335-349.
- Galeano, E. (1963). The Alliance for Progress: notes for an obituary. *Monthly Review*, 15(7), pp. 364-370.
- Hopkins, T., y Wallerstein, I. (1982). *World-Systems Analysis. Theory and Methodology*. Beverly Hills: SAGE.
- Jolly, R. (2008). A Short History of IDS: A Personal Reflection. *IDS Discussion Paper*, 388.
- Marx, K. ([1843] 1975). Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law. Introduction. En *Karl Marx and Frederick Engels, Collected Works* (pp. 175-187). Londres: Lawrence & Wishart.

- McNamara, R. S. (1970). *Address to the Columbia University Conference on International Economic Development, New York, February 20, 1970*. Recuperado de <http://documentos.bancomundial.org/curated/es/997821468137386932/pdf/557820WP0Box360y0Robert0S-0McNamara.pdf>.
- Morgenthau, H. (1962). A political theory of foreign aid. *American Political Science Review*, 56(2), pp. 301-309.
- Ord, H. W. (1972). The Widening Gap: Development in the 1970's. *Economic Journal*, 82 (327), pp. 1078-1080.
- Satterthwaite, D. (2006). *Barbara Ward and the origins of sustainable development*. Londres: Institute for the Environment and Development.
- Sunkel, O. (1967). Política nacional de desarrollo y dependencia externa. *Estudios Internacionales*, 1(1), pp. 43-75.
- Sunkel, O., y Paz, P. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Tussie, D. (2015). Relaciones Internacionales y Economía Política Internacional: notas para el debate. *Relaciones Internacionales*, 48, pp. 155-175.